

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## Naturalismo y categorías en Quine

*Elizabeth Padilla\**

La posición antifundacionista de Quine puesta de manifiesto por su conocido rechazo a una "filosofía primera" parece, a simple vista, contraponerse con su intento de búsqueda de un esquema general de notación canónica que sea lo más simple y claro posible. Intento que no puede distinguirse, nos dice, de la búsqueda de categorías últimas, de un retrato de los rasgos más generales de la realidad.<sup>1</sup> El uso de la expresión "notación canónica" revela que tal notación lleva consigo un marco claro y absolutamente general, apropiado para todo nuestro pensamiento proposicional. Ahora bien, tal proyecto, de tinte explícitamente fundamentador, parece circunscribirse dentro de los límites de la tan criticada "filosofía primera". Recordemos que a partir de la disolución de la distinción cualitativa analítico/sintético se produce la naturalización de la empresa filosófica. Pues bien, ¿cómo conciliar entonces el proyecto de categorías últimas con el rechazo de "la filosofía primera" como saber privilegiado?

Intentaré mostrar en este trabajo que ambas posiciones no se contraponen, sino que se complementan a partir de la asunción, por parte de Quine, de la filosofía como epistemología naturalizada.

I. En primer lugar, abordaré el tema desde la relación entre lenguaje natural y lenguaje de la ciencia. Puesto que el esquema de notación canónica del que habla la cita tiene que ver con los lenguajes formales y que los rasgos más generales de la realidad recogidos en las categorías son reconocibles en la medida en que pueden ser dichos en el lenguaje natural, es que estimo importante, en vistas a esclarecer el tema, preguntar por dicha relación.

Si los lenguajes especializados, tales como los formales, no son más que modificaciones del lenguaje natural, atendiendo dichas modificaciones a la consecución de algún objetivo específico, entonces estos proponen conceptualizaciones más refinadas en comparación con el lenguaje natural. Es interesante acotar que estas modificaciones operan en una primera instancia realizando una reducción ontológica; comienzan especificando lo que hay o, en términos de Quine, aquello que es digno de ser nombrado. No obstante, esto que opera en los lenguajes especializados me atrevería a decir que no es exclusivo suyo, ya que se daría algo así como una delimitación ontológica también en la adquisición de cada lenguaje en particular, puesto que el decir es decir lo que hay, entendiendo al lenguaje en el sentido de una teoría acerca del mundo. Al respecto Quine afirma: "...lo que hay en el mundo no depende en general de nuestro uso del lenguaje, pero sí depende de éste lo que podemos decir que hay."<sup>2</sup>

De ahí que nuestras expresiones sobre cosas externas, nuestra noción misma de cosas, constituye un aparato conceptual que nos sirve para prever y controlar la activación de nuestros receptores sensoriales a la luz de activaciones anteriores. Esta activación, de principio a fin, es lo único que tenemos para seguir adelante.<sup>3</sup>

\* Universidad Nacional del Comahue.

Aquí tenemos un elemento que hasta ahora no había aparecido: los receptores sensoriales. El mundo es captado a partir de las irritaciones de nuestra superficie sensoria. Las cosas físicas en general, por lejanas que sean, nos son conocidas sólo por los efectos que contribuyen a inducir en nuestras superficies sensorias. Pero el lenguaje ordinario cuando habla de las cosas físicas no habla acerca de este proceso referido a la sensibilidad. Partimos de las cosas percibidas, no de las percepciones.

Así y todo, los nombres de las cosas son aprendidos en el contexto de un enunciado al que Quine llama ocasional, que es aquel cuya aceptación como verdadero es producto de la excitación actual de los receptores.

Sin embargo, ¿cuál es el papel propio de la experiencia o de la irritación superficial en relación con el conocimiento?: el de servir de base a la creencia justificada, no a la verdad; es decir, sólo podemos tener creencias justificadas. Dada la brecha entre lenguaje y mundo, importa destacar que para Quine el lenguaje no organiza la experiencia.<sup>4</sup> Si retomamos el tema de la relación entre lenguaje ordinario y lenguaje especializado a la luz de esta descripción, podemos decir que los lenguajes tienen que habérselas con la experiencia no organizándola sino ajustándola. Los lenguajes ajustan la experiencia en el modo de los enunciados dado que son estos los que se usan para predecir, los que hacen frente a las cosas o tratan con ellas, los que pueden compararse o confrontarse con la experiencia. Y la tarea del lenguaje de la ciencia consistiría, a diferencia del lenguaje ordinario, en perfeccionar la necesidad de ajuste empírico mediante instrumentos cada vez más refinados.

II. De acuerdo con esto Quine presenta a la ciencia como “un tejido hecho por el hombre, que toca la experiencia sólo por los bordes o campo de fuerza cuyas condiciones fronterizas son la experiencia.”<sup>5</sup>

En esta definición de ciencia vemos la exigencia de remisión última a la experiencia que se realiza a través de nuestro lenguaje acerca de cosas físicas. A raíz de lo afirmado, emulando la metáfora de Quine, decimos que el lenguaje científico en su progresivo refinamiento toca la experiencia sólo por los bordes mediatizados por el lenguaje en la forma de los enunciados ocasionales observacionales. No habría, pues, una remisión última al mundo que eluda el lenguaje. Con respecto a dicha relación Quine afirma: “el neologismo científico no es él mismo sino evaluación lingüística llegada a autoconciencia, del mismo modo que la ciencia es sentido común autoconciente. Y la filosofía, a su vez, como esfuerzo por aclararse las cosas, no puede distinguirse, en puntos esenciales de finalidad y método, de la ciencia, buena o mala.”<sup>6</sup> El tema de la evolución lingüística llegada a autoconciencia nos remite nuevamente a la cuestión de la reducción ontológica. El modo de hablar acerca de las cosas por parte del lenguaje ordinario es necesariamente vago, pues incluye muchos presuntos objetos definidos de una manera inadecuada y vaga. No obstante, esto no implica sostener que el lenguaje ordinario sea descuidado, sino reconocer que no supone precisamente una ontología delimitada.<sup>7</sup> Son los científicos y los filósofos, entonces, los que buscan un sistema comprensivo del mundo, un sistema que se proponga intencionalmente reducir la vaguedad y eliminar la ambigüedad propios del lenguaje ordinario.

Recordemos en este punto la tesis de la inescrutabilidad de la referencia en los lenguajes naturales, “decir cuáles son los objetos acerca de los cuales alguien habla no es más que decir cómo nos proponemos traducir sus términos a los nuestros.”<sup>8</sup> Vale aclarar que esta tesis se traslada a los lenguajes artificiales a través del propósito perseguido por éstos de

fijar la referencia. Estas últimas consideraciones me llevan a pensar que los nuevos compromisos ónticos que asumen estos lenguajes nos conducen necesariamente a la revisión de las formas del lenguaje ordinario y de los usos notacionales tendientes a la búsqueda de la simplicidad del propio sistema total del mundo; y en el límite de esa remisión, al planteamiento de categorías.

III. La búsqueda de las categorías respondería entonces a la necesidad de contar con recursos mínimos expresivos para poder decir mediante ellos, desde el punto de vista cognoscitivo -que es el que nos interesa- todo aquello que pueda decirse acerca de los rasgos de la realidad. La exigencia de recursos mínimos responde al criterio de simplicidad que se aplica a la evaluación de teorías. En este punto debemos señalar que la simplicidad (como criterio de selección bastante controvertible en teoría de la ciencia) se postula como uno de los tribunales para evaluar esquemas notacionales adecuados. A raíz de ello nos podemos preguntar ¿es posible hablar de categorías últimas, desde el rechazo de una filosofía primera? Para Quine es posible y su respuesta es el naturalismo: "el reconocimiento de que la realidad tiene que ser identificada y descrita en el interior de la ciencia misma y no en una filosofía anterior..., toda atribución de realidad debe efectuarse desde el interior de nuestra propia teoría del mundo; de otro modo resulta incoherente."<sup>9</sup> Al negar Quine que haya una filosofía primera está negando que pueda haber un conjunto de verdades filosóficas privilegiadas que constituyan el fundamento firme y seguro sobre el que asentar el resto de las verdades científicas.

Al considerar a la ciencia como un tejido que toca la experiencia sólo por los bordes entendiéndose que la misma descansa, en última instancia, en los enunciados ocasionales por ser estos los que registran los resultados de nuestras observaciones. El método científico nos permite establecer la relación de los datos de los sentidos a través de los enunciados ocasionales con la teoría. Este nos permite evaluar el rango de evidencia con que contamos a favor de una hipótesis. Así entonces, un enunciado es verdadero, al menos hipotéticamente, en el seno de una teoría aceptada.

Una de las consecuencias a que podría conducirnos una evaluación rápida de la posición naturalista es a sostener una doctrina relativista de la verdad. Quine logra rechazar este resultado con una consideración que muestra su espíritu de rescate: "que sigamos tomándonos en serio nuestra ciencia concreta acumulada, nuestra particular teoría del mundo... cualquiera que sea."<sup>10</sup> Es decir, lo que evita la caída en el relativismo es una consideración de orden pragmático que recoge los resultados producidos por la empresa científica como acumulación de un saber presumiblemente verdadero y en constante autocorrección. Ahora bien, lo que ha conducido a Quine al naturalismo es, como ya dijimos, el abandono de la filosofía primera. La ciencia se considera una indagación de la realidad, falible y corregible, pero no susceptible de ser sometida a ningún tribunal supracientífico, y no necesitada de ninguna justificación fuera de la observación y el método hipotético deductivo. Tal posición naturalista tiene dos fuentes, ambas negativas. Una de ellas es haber perdido la esperanza de definir los términos teóricos en general en términos de fenómenos, siquiera mediante definición contextual. La otra fuente es el obstinado realismo, el sólido estado mental del científico natural que no ha sentido nunca ninguna perplejidad fuera de las manejables incertidumbres internas de la ciencia.<sup>11</sup> Dentro de este panorama el problema epistemológico que se le plantea a la ciencia es "cómo nosotros, animales humanos, hemos podido

arreglámoslas para llegar a la ciencia a partir de esa información tan limitada."<sup>12</sup> Para esto y a fin de estar precavidos, de modo tal de no caer en una filosofía primera que intentase brindar un fundamento último, es que Quine deposita la tarea también en una ciencia: la psicología empírica.

IV. En cuanto a cuáles son los criterios necesarios, además del de observación, para evaluar teorías rivales, Quine menciona el de simplicidad y el de familiaridad con los principios.

El primero de estos -al que luego relacionaremos con la búsqueda de austeridad en los sistemas de notación canónica- según Quine no es posible de ser definido, ya que parece descansar en instintos o impulsos de enorme importancia para la supervivencia, siendo hasta ahora desconocidos los mecanismos que lo sustentan.<sup>13</sup> Si bien la observación sirve para poner a prueba las hipótesis, es por la simplicidad que hemos de adoptar una hipótesis previa a su comprobación. En cuanto al criterio de familiaridad con los principios, el autor afirma que precisamente es lo que buscamos cuando nos esforzamos por explicar asuntos nuevos mediante leyes viejas. La familiaridad de los principios desempeña también un papel en el trabajo que se realiza cuando unas observaciones inesperadas nos obligan a revisar una vieja teoría; su papel consiste entonces en promover una revisión mínima.<sup>14</sup> Se trata pues, como Quine señala, de un principio conservador de nuestras teorías aceptadas, pero que a la vez puede ayudar a la constitución de nuevas teorías. No obstante, si a partir de la aplicación de estos criterios se llegan a soluciones opuestas, la decisión última está determinada por el de simplicidad.

V. Ahora bien, ¿hay alguna necesidad de reparar en estos principios a la hora de responder por categorías lógicas? No debemos olvidar que la ciencia, como campo de fuerza cuyas condiciones/límite da la experiencia, incluye también aquellas parcelas de saber -por ejemplo la lógica- que si bien se encuentran alejadísimas de la línea de contacto con la experiencia no por eso quedarían eximidas de revisión; cualidad autocorrectiva que es propia de la ciencia. Para Quine los teoremas de la lógica tienen como origen posible el mismo filtrado a través de las condiciones/límite que impone la experiencia por el que han surgido también los demás teoremas de las otras ciencias, y al igual que éstos corregibles. Y esa revisión y corrección resultan de la aplicación de los criterios antes mencionados.

Sin embargo, aún aplicándolos ¿cuál es la lógica que refleja adecuadamente los rasgos más generales de la realidad? Quine responde: la lógica clásica bivalente. Desde el punto de vista del criterio de conformidad con la observación, la posición de Quine es que la lógica clásica es suficiente para expresar mediante sus recursos notacionales cualquier información relevante sobre la realidad. El capítulo V de *Palabra y Objeto* parecería justificar dicha afirmación. Si tenemos en cuenta la simplicidad, esta lógica resguarda los dos aspectos relevantes del criterio: la simplicidad teórica y la práctica.

Por último y siguiendo a Quine en lo que quizás sea uno de sus aportes más originales, observamos que desde el punto de vista lógico-filosófico lo que importa no es precisar lo que hay sino qué es aquello cuya existencia nos comprometemos a asumir en virtud de nuestra teoría, esto es, los valores de las variables. Para Quine la lógica formal elemental no necesita postular una ontología de entidades abstractas, puesto que las entidades cuya existencia se postula implícitamente en el discurso formal son individuos del mundo. Llega a esa tesis gracias a un minucioso trabajo de depuración y simplificación de la teoría a través

de la explicitación de una notación lógica canónica. Al respecto afirma: "cada eliminación que consigamos de construcciones o nociones oscuras mediante paráfrasis con elementos más lúcidos será una clarificación del esquema conceptual de la ciencia. Los mismos motivos que empujan a los científicos a buscar teorías cada vez más sencillas y claras adecuadas al tema de sus ciencias especiales son motivos de simplificación y clarificación del amplio marco que comparten todas las ciencias."<sup>15</sup>

VI. Ahora estamos en condiciones de mostrar que la búsqueda de categorías es complementaria a su naturalismo.

Adelanto que a partir de las obras consultadas no se puede tener una única conceptualización del término categoría. Las distintas determinaciones que va dando de este término dependen de los objetivos que se propone elucidar en el desarrollo del discurso. No obstante, podemos reconocer un cierto uso standard que hace Quine del término y que responde al uso que de este hacemos cada vez que nos referimos a los elementos que resultan de la partición de un conjunto en clases, donde cada clase se constituye en una categoría.

Una prueba de esto podemos detectar en *Palabra y Objeto*. El término categoría aparece usado allí tanto para referirse a tipos o clases de expresiones del lenguaje natural o de la notación canónica como a tipos o clases de objetos. Cuando lo usa en el contexto de la regulación de las expresiones del lenguaje natural en el lenguaje de la lógica clásica, suele emplearlo para referirse a las clases más generales de expresiones. En ese sentido habla de las categorías de los términos singulares indeterminados. No obstante, cuando habla en el contexto de los problemas ontológicos, describe únicamente dos tipos de categorías: la de los objetos físicos y la de los objetos abstractos.

En el marco de una teoría formalizada de la cuantificación, categoría comprende el rango de algún estilo distintivo de variables, este uso requiere la explicitación de cuestiones de existencia categorial. Precisamente esto es lo que ha hecho Quine al revisar las imputaciones de existencia de la lógica clásica. De acuerdo a esto último, es posible asimilar su tarea a la del gramático y presentarnos finalmente una descripción completa de las categorías de la lógica clásica; como lo realiza en el Cap. 2 de *Filosofía de la lógica*. En el contexto de la discusión de cuál puede ser el modo en que el gramático enfrentó su tarea afirma que el objetivo que éste persigue es agrupar las expresiones del lenguaje en dos clases: por un lado las que forman parte del léxico y por otra las partículas que intervienen en la formación de expresiones complejas a partir de los elementos básicos. En cuanto a qué clases hay que otorgar el título de categoría se resuelve según las construcciones que haya que precisar y según las distinciones categoriales que serán útiles para precisar dichas construcciones. De esto se desprende que dos miembros de una misma categoría son intercambiables. Al respecto afirma Quine, "esta circunstancia sugiere una definición teórica de categoría gramatical que se puede aplicar a cualesquiera lenguajes: la categoría a que pertenece una expresión dada es la clase de todas las expresiones que son intercambiables salva congruitate."<sup>16</sup> Más adelante Quine criticará esta definición por resultar muy estrecha para ser útil. A pesar de ello podemos seguir utilizando la fértil noción de categoría puesto que al hacer la gramática de un lenguaje determinado debemos precisar formalmente algunas clases útiles y algunas construcciones. Podemos llamar a esas clases categorías gramaticales, sin olvidar, nos advierte Quine, que cuando usemos la expresión categoría gramatical al referimos a la gramática de otro lenguaje sólo tengamos en cuenta el parecido de familia y

nos abstengamos de sacar conclusiones en base a ella. Y esto es así porque nos estamos manejando con una noción de categoría inmanente a un lenguaje.

Si este análisis gramatical lo limitamos en su aplicación a las notaciones de la lógica simbólica obtendremos una gramática netamente sencilla. Pero sin caer por esto en la tal vez improbable tarea del gramático que quisiera con su trabajo reconstruir acabadamente los lenguajes naturales a partir de categorías gramaticales. Es decir, la lógica clásica con sus categorías no se erige como modelo categorial de todo lenguaje.

Las categorías de la gramática de la teoría lógica son las siguientes: los predicados, las variables y las oraciones. A estas categorías debemos agregar las siguientes construcciones: la acentuación, que nos permite obtener por iteración el conjunto infinito de las variables; la predicación que consiste en enlazar un predicado con una más variables (según el grado del predicado) para formar oraciones atómicas abiertas; la negación, la conjunción y la cuantificación existencial que permiten obtener la categoría de las oraciones. Podemos agregar además que aquí sí resultará efectivo delimitar las categorías sobre la base de la intercambiabilidad salva congruitate, criterio que no podía ser aplicado en los sistemas categoriales de los lenguajes naturales.

VII. Como vemos, para Quine la noción de categoría es siempre inmanente a una teoría, ya que no es posible definirla para cualquier lenguaje dado. Por lo tanto, este concepto sólo se puede especificar dentro del marco de un lenguaje determinado. Pero a título de investigación categorial, el lenguaje digno de ser tomado en cuenta para Quine es el de la ciencia y el de la lógica clásica, que con sus categorías se convierte en el instrumento mínimo necesario para dar cuenta con la mayor simplicidad y claridad posible de sus principales logros; siempre y cuando los enunciados científicos puedan traducirse mediante paráfrasis convenientes al lenguaje de la lógica sin pérdida de contenido relevante. Según el autor "la doctrina dice en sustancia que todos los rasgos de la realidad que son dignos de nombrarse pueden establecerse en un idioma de esa austera forma, si es que es posible formularlos en alguno."<sup>17</sup> Y este trabajo de simplificación y clarificación de los compromisos ónticos que asume el discurso de la ciencia lo realiza Quine a lo largo de una de sus mayores obras *Palabra y Objeto* desde un lugar en donde ya se han derribado las viejas fronteras entre filosofía y ciencia. Allí podemos reconocer en ejercicio la realización de su propuesta, que si bien desde un punto de vista tradicional puede todavía circunscribirse como búsqueda de categorías últimas,<sup>18</sup> debería ser mejor entendido, a los fines de poder evaluar sus reales alcances, como un ejercicio -dentro de los límites de la ciencia- de búsqueda de clarificación del esquema conceptual científico.

## Notas

<sup>1</sup> Quine, W., *Palabra y Objeto*, Labor, Barcelona, 1968, p. 171. En adelante PO.

<sup>2</sup> Quine, W., *Desde un punto de vista lógico*, Ariel, Barcelona, 1963, p. 154.

<sup>3</sup> Quine, W., *Teorías y Cosas*, UAM, México, 1986 Cfr. p. 10. En adelante TC.

<sup>4</sup> Dice Davidson: "cuando pasamos a hablar de la organización a hablar de ajuste orientamos nuestra atención del aparato referencial del lenguaje -predicados, cuantificadores, variables, y términos singulares- a las oraciones completas." *De la verdad y de la interpretación*, Gedisa, España, 1990, p.198.

<sup>5</sup> TC, p. 55.

<sup>6</sup> PO, p. 17.

<sup>7</sup> Cfr. TC, p. 19.

<sup>8</sup> TC, p. 30.

<sup>9</sup> TC, p. 31.

<sup>10</sup> PO, p. 38.

<sup>11</sup> Cfr. TC, p. 92.

<sup>12</sup> TC, p. 92.

<sup>13</sup> Cfr. PO, p. 32.

<sup>14</sup> Cfr. PO, p. 34.

<sup>15</sup> PO, p. 171.

<sup>16</sup> Quine, W., *Filosofía de la lógica*, Alianza, España, 1984, p. 47.

<sup>17</sup> PO, p. 237.

<sup>18</sup> Quine afirma en PO que la búsqueda de categorías sólo significa "tendencialmente una doctrina filosófica de las categorías, pero con la peculiaridad de que su alcance es relativo." p. 237.